

Capítulo 2

NO ME TOQUES LAS FALDAS QUE ME CONOZCO

Lea dejó la cafetería a mano derecha y cruzó el pasillo sobre sus mocasines color borgoña. A lo mejor le molestaba eso de ella, que no llevaba tacones.

Pues no pensaba disculparse por ir cómoda a trabajar diez horas seguidas. Una debía hacer todo lo posible por sobrevivir.

Se detuvo delante de la puerta. Era transparente mientras no corriesen las cortinas: el único despacho que estaba cerrado a miradas curiosas era el de Leighton, y Miranda había mandado colocar esas tupidas telas estilo telón de teatro seguramente para poder tirarse a las secretarias a gusto sin que le interrumpiesen.

Tocó un par de veces.

«Jesse Miranda. Socio minoritario».

Formaba parte del grupo, pero no era tan importante. Y joder, ella quería ser importante. Ella aspiraba a trabajar para Leighton o para Sandoval, no para un tío que se cortaba las uñas encima de una demanda judicial.

Entró sin que le hiciera ninguna señal y avanzó muy segura de sí misma cuando no se sentía así para nada.

El despacho era algo... curioso. El de Leighton era minimalista, reducido a sus necesidades y muy pequeño para lo que era un jefe; el de Aiko Sandoval, mucho más amplio y femenino, aunque sin que la decoración resultara agobiante. El despacho de Jesse, en cambio, parecía la habitación de un adolescente. No era de extrañar que recibiera a los clientes en la sala de reuniones en lugar de allí, donde el póster a escala real del desnudo de Brigitte Bardot y el *rock* a todo volumen podrían restarle profesionalidad.

—He pensado que el café podría ser invisible, pero si lo fuera, lo habrías derramado por toda la alfombra debido a la posición de tu brazo. Los británicos suelen sostener las tazas así. —Hizo un gesto—. Se puede levantar el meñique para darle un aire aristocrático, pero, en general, no llevas los brazos en vertical cuando le traes a tu jefe una taza a rebosar.

«Gilipollas».

Hizo un gesto elocuente con las cejas y medio sonrió.

«Gilipollas muy *sexy*».

—Ahora iré a por él —dijo sin mucha convicción—. La verdad es que antes necesitaba hablar con usted sobre algo.

—No sé si tengo la capacidad de hablar sin azúcar en el cuerpo.

—Dada su facilidad de palabra y basándome en la experiencia, yo diría que no necesita ni siquiera oxígeno para hablar.

—¿Estás diciendo que soy un portento, Galia?

—Solo del arte de la conversación, porque la memoria la tiene un poco atrofiada. No me llamo «Galia».

—Pero eres francesa.

—Y usted es americano, y creo que no se llama como la antigua colonia inglesa —replicó, impacientándose—. Me da igual

que no se sepa mi nombre, imagino que debe ser difícil retener información en un espacio de almacenamiento tan pequeño. Solo quería a solicitar un cambio.

—No me cabe duda de que necesitas un cambio, Galia. El corte de esa falda no es nada favorecedor.

—A usted tampoco le favorece comentar la longitud de mi falda cuando, como abogado, defiende casos de discriminaciones por género.

—No estaba hablando de longitud, y ni mucho menos insinuando que fuera corta, que es lo machista. Su equivalente espiritual debe ser el promedio de vida de las ballenas de Groenlandia, que si no recuerdo mal es de 211 años. ¿Tu falda no mide 211 centímetros? —Ladeó la cabeza—. Ya digo que ese no es el adjetivo que utilizaba. Simplemente es fea.

Lea desencajó la mandíbula.

—¿Le ha hecho algo mi falda para que esté haciéndole *bullying*?

—¿Yo, haciendo *bullying*? —Hizo una mueca inocente—. Ella es la única *bully* aquí.

—Señor Miranda, no hablaba de un cambio de imagen. Hablaba de un cambio de jefe.

—Dudo bastante que Leighton quiera dejar de serlo. Parece muy humilde, tan callado y responsable, pero sería capaz de apuñalar a tu madre con un abrecartas si se te ocurriese arrebatarte el puesto.

¿Le estaba jodiendo?

—Creo que no nos estamos entendiendo.

—Partiendo de que no entiendo a las mujeres, esa me parece una afirmación muy correcta. Empecemos de nuevo: hola, Galilea Leone Velour. ¿Puedo hacer algo por su espantosa falda?

Lo dijo con un tono que Lea estuvo a punto de echarse a reír, todo en contra de su voluntad. No le estaba vacilando, no

pretendía mosquearla; tal vez esa fuera su forma de ser... lo que, por supuesto, no iba a justificar que estuviese atacando la autoestima de sus prendas de ropa. Ella podía no tener sentimientos, pero aquella falda lo había aguantado más de lo que podía imaginar, encajada en una silla incómoda durante diez horas diarias.

«Puedes bajarla por mis piernas. A lo mejor ves algo que te gusta debajo, quién sabe».

«Espera. ¿Ha dicho mi nombre completo? ¿Y lo ha dicho bien?».

Hijo de puta. Estaba jugando.

—Para empezar, podría dejar de referirse a ella con ese tono tan desagradable —repuso, mirándolo fijamente—. Puede que sea de fibra elástica, capaz de soportarlo todo, pero hay algo de algodón en ella y le aseguro que le afectan las críticas destructivas. Lo segundo que te agradecería es que pare de tratarla como a una minifalda. No tiene nada en contra de las minis, de hecho, seguro que dentro de sus problemas de autoestima figura el deseo de ser como ellas, pero las minis no han obtenido matrícula de honor después de una carrera de cuatro años más especialización: por eso trabajan cogiendo teléfonos, llevando cafés y siendo bonitas para que puedan mirarlas por detrás. Esta falda está hecha para algo más que eso.

Jesse escuchaba con los dedos entrelazados bajo la barbilla, encantado.

—A ver si lo he entendido... Su falda tiene un problema de superioridad muy grave.

—Al contrario: están acomplejando a mi falda, haciéndola sentir inferior.

—Porque como tiene más tela, merece más respeto.

—No. Hablo de las habilidades como abogada de mi falda; las minis no las tienen. Podrían tenerlas y entonces estarían

en el derecho de vestir prendas espantosas que ofenderían a un pelirrojo obsesionado con Brigitte Bardot, igual que de seguir siendo minis, pero como no es así, no les queda otra que seguir la estricta norma de etiqueta que se les impone: ser guapas para trabajar como secretarias.

—Dígale a su falda que las minis son así porque les gusta, y no porque los pelirrojos con buen gusto les pidan que enseñen las piernas. Y que no necesita ser fea para que la respeten. El talento no va ligado con apariencia.

—Dijo el caballero que ascendió a Iana Nelson cuando se equivocó expidiendo un cheque quitando un cero y casi provoca que condenen a un tipo a la inyección letal.

—No fue la inyección letal, era una cadena perpetua. Iana se lo ganó demostrando que se aprende de los errores. No promociono a gente perfecta, promociono a gente que sabe escalar, crece y, por supuesto, es ambiciosa. Aquellos que se conforman con lo que tienen y no piden respeto se quedarán donde están para siempre.

—Pensaba que el respeto no había que pedirlo, sino que, como derecho, está prohibido negarlo.

—Déjeme reformular. —Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa—. Si quiere mayor responsabilidad, demuestre que está a la altura. Cumplir con su deber es ser eficiente y hacer lo que debe hacer no merece ningún aplauso. Si lo haces todo bien, eres un nueve. Si lo haces todo bien, haces un esfuerzo extra y demuestras interés, es cuando te conviertes en un diez.

—*Enculé* —masculló por lo bajo—. ¿Cuál es el esfuerzo extra? Porque hago mi trabajo, el suyo, cuido de sus niveles de azúcar en sangre y atiendo a su sobrino cuando está demasiado ocupado para preguntarle qué tal fue el partido de *basket*. El único esfuerzo extra que podría ofrecerle sería el de me *baisser et suce te robinet*.*

Jesse levantó las cejas.

—Va a tener que hablarme en castellano. O en inglés.

—¿Qué tengo que hacer para que me encargue los proyectos que merezco? —preguntó en su lugar—. Porque si no va a dármelos, acabaré solicitando un cambio. No me importa ser la adjunta de cualquier abogado de segunda o terminar en un bufete de abogados sin cortinas. Y no creo que le guste que me vaya, porque sé muy bien que no sabe ni encender la cafetera. Sin mí le comería la mierda, señor Miranda.

—Debería despedirla por ese atrevimiento —comentó alegremente.

Lea suspiró y decidió ir al grano.

—¿Por qué me da tareas que podría bordar un imbécil?

—Porque las soporta sin una mala cara y, con ello, asumo que no aspira a mucho más. Puede que no las pusiera porque, ante todo es educada; me está tratando de usted cuando no te sacaré ni tres años y superamos la cortesía distante en el momento en que mi sobrino decidió quererla más a usted que a mí, pero no puede culparme por ser un idiota con un espacio de almacenamiento demasiado pequeño y no leer entre líneas —respondió con brío.

Lea parpadeó una vez.

¿Estaba siendo irónico?

—De todos modos, la he estado observando. ¿Crees que no? No quiero que su falda se eche a llorar por mi falta de tacto, pero es difícil esconderse de algo tan espeluznante. Lecciones de moda aparte, he llegado a la conclusión de que no está preparada para ser abogada, y no porque le falten conocimientos. Shanghái y yo tenemos muy presente que está más cualificada que yo, el hijo del fiscal «puto amo». —Y sonrió como un capullo—. El problema tiene que ver con que práctica y teoría son cosas muy distintas y, aunque sea un sobresaliente en una, la otra la lleva mal.

»Dime: ¿está preparada para defender a un cliente en juicio?

¿Tiene esa determinación? Porque hasta ahora no lo ha estado para defenderse a sí misma. Piénselo.

Lea se dio cuenta de que todo lo que se decía sobre los hermanos Miranda era cierto. Podían llevarse cualquier cosa a su terreno, tergiversarla y ponerla a su favor. Y todo sin ni siquiera dejar el cortaúñas a un lado o quitarle voz a un grupo de *rock* que no dejaba de gritar desde los altavoces.

—Está muy acostumbrado a ganar. Lo entiendo. Pero es bastante fácil cuando uno escucha conversaciones ajenas y mete pullas para hacer sentir mal al otro.

—¿Parece hacer sentir mal al otro? No te ofendas, Lisa Simpson, pero esto era entre su falda y yo. Nunca me ha gustado que las señoras de edad vengan a sermonearme.

—Entonces ha sido mi culpa por venir a pedir respeto al actor secundario Bob; el principal y protagonista de esta película no deja de ser Caleb Leighton.

Jesse sonrió, cada vez más entretenido.

—Si intentaba romperme el corazón recordándome que soy prescindible, no tiene de lo que preocuparse. Soy bastante humilde y no le quitaría el puesto a un buen amigo. Y descuide, no hace falta que vaya con el mensaje. Está muy al tanto de cómo me las gasto, y sabe tan bien como yo, y ahora usted, que llevo mucho tiempo esperando que me monte una escena. Así que... Sí, estoy acostumbrado a ganar. Esto iba a ser una victoria se pusiera como se pusiese mientras demostrara tener lo que hay que tener para exigir lo que merece.

Lea no supo qué decir. Lo interpretó como una broma y esperó a que se riese, pero cuando lo vio sacar del cajón un archivador hasta arriba de casos en observación comprendió que de verdad tenía todo preparado.

—Ahí tiene. Trabajo de abogada de verdad. Como su mentor, le daré tres consejos.

Se levantó con tranquilidad y rodeó la mesa. Apoyó las caderas en el borde, justo delante de ella, que no supo qué hacer o decir. Nunca había estado tan cerca, y olía...

Qué bien olía, por Dios.

—Primero: no se crea demasiado lista. Nadie es demasiado listo. —Sus ojos amarillos vibraron. Aquel tipo no contenía la emoción, y siempre estaba emocionado—. Segundo: nunca se deje el interfono encendido si no quiere que un cotilla como yo se entere de sus conversaciones. Hoy he sido yo el protagonista, pero si la oigo criticar a alguien que me importe más, como por ejemplo a Ronnie de la limpieza, se la cargaré. Y tercero... —Bajó la vista a la falda. El estómago le dio un vuelco—. No la utilice como portavoz de sus quejas. Merece un trato digno.

—¿Y quién está dispuesto a dárselo? —Dudó un poco cuando Jesse alzó la vista, esperando una contestación ingeniosa. Le cosquilleó el bajo vientre, como si la miel derretida de sus ojos hubiera ido a parar allí dentro y se deslizara lenta y cadenciosamente entre sus piernas—. Porque... porque es evidente que usted no.

Jesse sonrió como les sonreía a las otras chicas: a las secretarias de la minifalda.

Se le fundió el cerebro. Su inteligencia, entre otras cosas, se ahogó en un charco de hormonas.

—Claro que no. Yo no puedo ser amigo de las faldas; soy su secuestrador.

—Pobrecitas, seguro que luego sufren síndrome de Estocolmo.

Él se rio.

—Eso nunca lo sabré, se quedan mudas de asombro cuando me acerco. La suya es la única con la que he hablado. Tal vez con ella pueda hacer una excepción y entablar una bonita amistad.

—No es buena idea. Se llevarían muy mal porque no tienen nada en común.

Jesse apoyó las manos sobre el borde de la mesa y se echó un poco hacia atrás, lanzando una mirada soñadora al techo.

—Sí, bajo mi punto de vista necesita unos azotes para espabilar... Pero no seré yo quien se los dé. Estoy en contra del acoso laboral, y del maltrato más aún. Aunque serían unos azotes amigables. —Acotó, mirándola con los ojos entornados.

«Fiesta de la *friendzone*».

—Por desgracia, no sueña con azotes de ninguna clase, pero se alegra de que muestre usted interés en ella siendo tan horrible. Está un paso más cerca de darse cuenta de que la belleza está en el interior, señor Miranda.

Jesse soltó una carcajada ronca.

—No dudo que su falda sea encantadora cuando se encuera al llegar a la casa —comentó con la sonrisa torcida.

Lea se humedeció los labios y casi suspiró.

«*Cet homme...*».

Se apartó de ella como si supiese en qué estaba pensando y quisiera evitarlo y volvió a tirarse sobre la silla del escritorio. Entrelazó los dedos en la nuca y le señaló la salida con un movimiento de cabeza.

—Sigo queriendo mi café vienés. No tarde.

»Ah, y haga el favor de no hacer sufrir a su amiga. Dígale que se ha comido el plátano entero.

